

hoy escribe

Antonio Alvarez Solis (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Nada ocurre en la catástrofe

El espectáculo dejó al aire, rigurosamente al aire, la entretela del sistema: nada se vino abajo; ni peligró seriamente. Si acaso pequeñas economías de ciudadanos pequeños. Pero ¿qué valen hoy los ciudadanos pequeños? Quienes aplican mecánicamente la historia recordaron con cierta morbosidad el crack del 29. Hubo, ciertamente, una visible morbosidad por conocer las posibilidades reales de la catástrofe. Se establecieron evidentes comparaciones, pero las circunstancias se revelaron otras. En un solo día la economía americana se sumergió hace 58 años en una destructora depresión. La honda alcanzó en dos o tres años al resto del mundo. Aquí hirió de costado a la República. En aquel lunes el presidente Hoover Hubert proclamaba irrisoriamente la salud de su país, pero los Bancos naufragaban y las grandes corporaciones industriales esperaban con terror al siguiente día.

Nada; no pasó prácticamente nada esta vez. Sólo los medios de comunicación entretenían sus editoriales en un juego de dramatismos. Pero nadie dijo que la destrucción de la economía liberal era imposible porque ya no existe la economía liberal. Los últimos keynesianos hicieron un descubrimiento sencillo, pero esencial: las economías de escala y la libre competencia se han vuelto excluyentes. Por tanto, ha de decirse que la Bolsa ya no puede resultar letal. Los grandes intereses se deciden políticamente y en instancias políticas. Venden los poderosos, compran los débiles y el Estado es ya, no la instancia presuntamente liberal que cela la justicia distributiva, sino un activo económico, el gran activo económico, en manos de los grandes sujetos de la riqueza. No es posible destruir nada, pues, si no se ha decidido su destrucción desde las instancias que mantienen con vida —mediante las correspondientes intubaciones— a la sociedad económica. La desaparición casi súbita del liberalismo constituye la gran característica de una sociedad alumbraada precisamente para ser liberal. No

es lícito decir, a la vista de lo que está sucediendo que la gran regla de oro del mercado, como expresión libre de fuerzas en lucha sin más árbitro que la ciudadanía consumidora, constituya ya el gran motor del quehacer económico. El mercado como libertad, sin más norma que la capacidad creadora de oferta favorable, ha pasado a la historia. La posibilidad de acción económica se ha concentrado en manos que ya no pueden confiar sus inmensos intereses a la voluntad y menos al capricho de masas que puedan desviar su demanda en un momento concreto. En 1929 cayó en la depresión una sociedad entera y sus estructuras quedaron con el esqueleto al aire; hoy, en 1987, sólo han perecido personas concretas mientras la sociedad y quienes la gobiernan desde las alturas han permanecido incólumes. Cuando pase la marea —más rumor de oleaje que otra cosa— volverá a divisarse un panorama cabalgado por los mismos protagonistas que, todo lo más, habrán cambiado su disposición sobre el tablero de juego o incluso habrán decidido prescindir de algunos jugadores secundarios. Más abajo, la libertad seguirá constituyendo una manipulación para entretenimiento y apuesta de actores tercerones.

Cualquier observador que limpie su ojo de prejuicios y quiera ver la realidad en su verdadero perfil, seguramente se sentirá irritado, tras la primera perplejidad, por estos acontecimientos en los que cabe percibir la burda mano de los poderosos y la acción vicaria de unos Estados sin capacidad de soberanía ni sentido de su origen. Yo me pregunto cómo un Estado como el capitalista actual puede mantenerse en pie bajo el peso inmenso de su renuncia. Quizá haya de responderme que ese Estado se yergue hoy merced a una inmensa capacidad de fuerza y brutalidad, que es en lo que ha venido a degenerar el soberano y de alguna manera armonioso poder coactivo que poseía cuando tenía por misión garantizar al ciudadano un marco de igualdad más o menos teórica e imposible, pero

aspirada igualdad: una seguridad de justicia, siempre sin igualdad, pero distribuidora serena de la igualdad que restaba para el común: un ejercicio de democracia, menguada de volumen, pero gallarda de proclama. ¿Qué ha quedado de ese Estado sino un aparato torvo de represión, un permanente miedo al pueblo, una decisión de empobrecimiento moral de la vida colectiva como vía útil de sometimiento?

Resulta risible la zaragüeta instrumentada alrededor de unos movimientos de Bolsa que no han afectado en modo alguno al hueso de la estructura capitalista. Uno se pregunta si tanto tumulto no tendrá por único objeto crear la sensación de vida y su agitación correspondiente en torno a una amojamada estructura social en la que todo está decidido desde la raíz y previsto hasta las últimas consecuencias. Uno cavila, en definitiva, que una vez más el Sistema ha movido los pies con exhibición sin desplazarse una pulgada de su lugar definitivo y de muerte. Lo grave es que la ciudadanía, por sobra de noticia y falta de información, llegue a fundir las imágenes procedentes de tanto y tan contradictorio revuelo —ocurrido sin tragedia verdadera, salvo, repito, para los que en la calle pueden nada— en creencias que no trasudan cosa real. Es decir, que lo inconveniente sería que la ciudadanía aceptase la época y su suceso como la era de la incertidumbre, en frase de Ghalbraith, cuando nada es incierto ya, sino todo tristemente cierto. Si algo ha dejado al descubierto este frívolo juego dramático de la Bolsa es la certeza de que en el seno del Sistema ya no hay posibilidad alguna de que se produzca el milagro de la vida. Todo está previsto y certificado de acabamiento, en cuanto a los nobles intereses populares, como en la Agonía del Huerto de los Olivos, heredad de la que, sin embargo, alguien sacó el beneficio de la explotación.

(*) Escritor.

Gonzalezek badaki

Gonzalezek badaki, eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, Konstituzioak markatzen dituen mugen barruan Euskal Herriak ez daukala nazio etorkizunik. Hobeiki esanda, bakar bat daukala: asimilazioa eta Cantabria Oriental bihurtzea.

Gonzalezek badaki, eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, espainiar legetasunaren barruan Espainiaren interesen jesticioa ezin daitekeela, baina ez eskaldunen defentsa.

Gonzalezek badaki, eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, sistemaren barruan sistema oihotza daitekeela, baina sistema ezin daitekeela alda.

Gonzalezek badaki, eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, legetasun horren morroi leial bihurtzea, Euskal Herria interbiderik gabe utzi eta «hara-kiri» politikoa egitea besterik ez dela.

Gonzalezek badaki, eta Arzalluz eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, legetasun hori aldatzeko hiru bide daudela, hemen eta Patagonian: borroka hartamatu, borroka gandhizalez, eta populua borroka mobilizatzaila. Bastea, «amen» esatea, folklore politikoa.

Gonzalezek badaki, eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak jakin behar lukete, hemen espainiar legetasuna onartzen ez duen bakarra ezker abertzalea dela; honetxe bakarrik erabiltzen baitu folklorea eta itxura ez diren hiru borrokabide iraultzaileak.

Gonzalezek badaki hiru guztia; eta horregatik proposatu du «alianza sagrada contra el terrorismo» izeneko hori. Berak badaki, eta guk ere bai, Madrieko buruzagitzatik antolatua duen erronda famatua, ezker abertzale osoaren kontrako operazio bat dela. Eta ongi daki, eta guk ere bai, ezker abertzalea deuseztuz gero, sistema etaberraturik geratuko litzatekeela.

Eta Arzalluzek eta Garaikoetxeak Madrilera joan dira, txintxo-txintxo; eta prest daude espainiar legetasuna segurtatzeko falta den azkeneko urrats hori emateko.

Arana Goiri ez zen Madrilera joango. Monzon ere ez. Baina Arzalluz eta Garaikoetxeak, aspaldiako karlistek bezalaxe, Espainiako legetasunaren indarretan ikusten dute gure soluzioa.

Gonzalezek badaki zertan ari den eta nora doan. Guk ere bai. Itsu batek ere ikus dezake.

Arzalluzek eta Garaikoetxeak zer izen merezi duten, beraz, irakurleak asma beza. TXILLARDEGI

hemeroteca

La crisis del PSOE

(«Deia», 31-10-87)

La crisis del PSOE no es una ficción inventada por los medios informativos. La dimisión como diputados de Nicolás Redondo y Sarracibar o el reciente documento de la UGT contra la política económica y social del Gobierno, son el mejor test de la grave tensión entre el sindicato y el equipo de Felipe González. La confluencia de cuatro sectores distintos, e independientes entre sí, en su oposición a la política económica del Gobierno para el Congreso de enero de 1988, es la punta del iceberg de la fuerte contestación que existe en las filas socialistas contra su «aparato» oficial.

Como principal clave de esta crisis, algunos analistas subrayan la fuerte tensión entre los sectores más posibilistas, y apegados a la realidad del mapa electoral, y los más exigentes en cuanto a una mayor fidelidad a la ideología socialista, aun a riesgo de perder fuerza en las futuras elecciones.

La sacralización que se ha hecho del posibilismo de Felipe González está provocando reacciones en otros sectores, que califican la línea del presidente del Gobierno como neoliberal, pero no socialista.

Tampoco es ajena a esta crisis la prepotencia del guerrismo dentro de la organización socialista, en detrimento de personas y grupos que quieren pensar y decidir por su cuenta. Las figuras, primero de Boyer y ahora de Solchaga, tanto

por su política económica como por su propio talante, irritan a amplios sectores socialistas, especialmente en las áreas sindicales. Con Boyer, además, se descubre que en el tema de Rumasa pudo actuar en algunos aspectos con demasiada precipitación tampoco hay que olvidar las tensiones derivadas de escaramuzas escandalosas como la dimisión del histórico Castellano o el incidente de Txiki Benegas en relación a la Federación Socialista de Ibiza.

Todo esto ha originado un desgaste de imagen del socialismo. No hay que olvidar que una de las claves de los repetidos triunfos socialistas ha sido el rostro de honradez en la gestión y de unidad, frente a otros partidos estatales, en cuyos cuadros existían o gentes ligadas al antiguo régimen, como Alianza Popular, o que se habían roto en querrelas internas, como el Partido Comunista.

Hasta el momento el PSOE ha tenido tres elementos aglutinadores importantes: el liderazgo de Felipe González, el monopolio de los recursos del poder, o expresado de una forma más gráfica, el control de los «pesebres» (puestos de trabajo en la Administración, en empresas estatales y en la propia organización) y la debilidad de una oposición política al PSOE que no puede ser todavía una alternativa seria.

En este momento, sin embargo, algo ha empezado a moverse dentro del socialismo. Comienzan a aflorar sus propias tensiones perso-

nales y contradicciones ideológicas a través de declaraciones o actitudes críticas contra el Gobierno y el felipismo. Por eso no debe extrañar que en el futuro se intenten fabricar cortinas de humo con las que pretendan esconder los socialistas sus propias debilidades y miserias.

Aun así

(Vicente Copa, en «El Correo Español», 31-10-87)

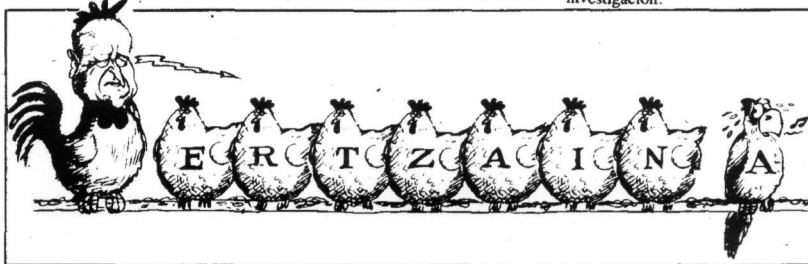
Admitamos como hipótesis de trabajo la que barajan los nacionalistas y demos por buena la tesis de que las últimas informaciones sobre la Ertzantza forman parte de una «campaña de desprestigio» contra ese cuerpo policial. Admitamos también —siempre como hipótesis de trabajo— que esa supuesta campaña coincide cuando el Parlamento vasco consensúa el desarrollo del artículo 17 del Estatuto de Autonomía. Y admitamos, por fin e

igualmente, y asimismo como hipótesis, que todas estas denuncias responderían a torvas maniobras de contenido partidista. Pues bien, ¿serían esas razones suficientes para «echar tierra» sobre el asunto, cerrar filas en torno al consejo nacionalista de Interior y afirmar que «aquí no ha pasado nada»?

Evidentemente no. Aunque fuese una campaña, aunque se tratase de una maniobra, lo cierto, lo rigurosamente cierto es que un medio de comunicación cuyo crédito no puede ponerse frívolamente en juego ha publicado un documento comprometedor. Y tenemos derecho a saber si es auténtico o es una falsedad. Y después, actuar en consecuencia. Este es el asunto fundamental. Lo otro —la supuesta campaña— es el secundario, aunque no sería anecdótico. El argumento de defensa no puede ser el de la mano negra que mueve supuestamente los hilos de la trama

que los nacionalistas del PNV ven en este asunto. El argumento de defensa —el único— es la verdad. Una verdad que el Parlamento tiene facultad para exigir caiga quien caiga. Aunque el que puede estar en situación comprometida sea pieza importante del Ejecutivo y del propio PNV.

No creo que nadie sensatamente esté en condiciones de prejuzgar. Hay que dar oportunidad al consejo de Interior a que explique al Parlamento su versión de los hechos. Obviamente el consejo y todos los demás ya saben el estado de opinión que hay en la calle sobre este asunto y otros de corte parecido. Pero hay que estar a las pruebas y a los argumentos y luego valorar si son fútiles o sólidos, si son convincentes o poco creíbles. Y si basta la interpelación parlamentaria o, por el contrario, es preciso dar un paso más y constituir una comisión parlamentaria especial de investigación.



(«Diario-16»)